



La ex modelo Patricia Soley-Beltran, autora del ensayo '¡Divinas!', retratada en Barcelona. SANTI COGOLLUDO

LETICIA BLANCO
«Dejé de jugar al ajedrez porque se me antojó que podría parecer demasiado lista y temía que eso ahuyentara a los hombres», confiesa Patricia Soley-Beltran en *¡Divinas! Modelos, poder y mentiras*. Luego, continúa, se cansó de ser una «niña bombón» cuando su carrera como modelo profesional empezó a despegar, en plena Transición. Así que se cortó el pelo. Y la llamaron travesti. La cosa no fue a mejor: Patricia se sentía explotada, desorientada y en ocasiones, absolutamente desamparada, como aquellas noches en un minúsculo piso de Tokio, donde combatía el hambre y la sensación de secuestro con la lectura de *Las cuitas del joven Werther*, o aquella otra vez en la que le tocó hacer de ama de casa y madre de una niña de 12 años en una sesión de fotos, con sólo 21. Algo no iba bien. Por dentro, una especie de lucha la empujaba a ser o bien «irresistiblemente seductora como Rita Hayworth» o «aguda y penetrante como un intelectual francés». Los tópicos.

Así que se fue lejos, a Escocia, a la Universidad de Aberdeen, y se puso a estudiar las relaciones entre el cuerpo y la identidad. Dos nociones que siempre han estado unidas a lo largo de la historia, pero que nunca habían sido tan confundidas con tanta frivolidad como hoy. Soley-Beltran salió de Aberdeen como

licenciada en Historia Cultural y más tarde se doctoró en Edimburgo, en Sociología del género. En la facultad todo se normalizó, aunque no del todo: un día, recuerda, alguien se le acercó discretamente y le aconsejó que se pusiera gafas falsas «para parecer más académica».

La ganadora del último Premio Anagrama de Ensayo confiesa que escribir *¡Divinas!* le ha costado sus «lloros», por lo mucho que ha recordado de sus turbulentos años como modelo, pero que lo «catártico» de la experiencia la ha dejado como nueva y con ganas, sobre todo, de que ninguna otra chica tenga que pasar por lo mismo: desprotección, depresión y ausencia generalizada de derechos laborales.

Pero, ¿cómo criticar una de las profesiones con más prestigio social? ¿Es la dictadura de la imagen culpa de la industria de la moda o responde ésta a lo que pide la sociedad? «Es un círculo que se retroalimenta, la profecía que se autocumple», afirma Soley-Beltran. «Pero eso es bueno porque, ¿quién puede romper ese círculo? Todo el mundo, desde todas partes. Nuestras decisiones como consumidores tienen repercusiones millonarias».

«La idea no es nueva», reconoce, «Walter Benjamin ya dijo que el capitalismo opera como un fenómeno religioso y afirma, incluso, que quizá sea el culto más extremo que ha-

PREMIO ANAGRAMA DE ENSAYO

PATRÍCIA
SOLEY-
BELTRAN

Quiso ser modelo, no le gustó y lo dejó todo para estudiar (y digerir) desde una perspectiva antropológica sus experiencias. '¡Divinas!' es una investigación académica, política y personal salpicada de confesiones y humor sobre el mundo de la moda.

ya habido. ¿Y qué son las modelos? ¿Acaso no es el glamour una liturgia al servicio del capitalismo? ¿Y las modelos, diosas oficiantes de un culto?», se pregunta la ex modelo.

Dicho más sencillo, Soley-Beltran lo que quiere es que el público se dé cuenta de que «todo es un montaje». «Los consumidores creen que están viendo algo real cuando ven un anuncio en una revista o a una modelo que vende un estilo de vida. Lo único que digo es que eso es un espejismo», explica. Y que detrás de ese sueño hay personas, chicas como la que ella fue, y «mensajes esquizofrénicos» (el mantra *sé-tú-misma* junto a las dietas y los cuerpos imposibles en la mayoría de revistas) que perpetúan la insatisfacción de la mujer. «He dejado de leer revistas femeninas, sólo lo hago cuando voy a la consulta del médico. Te quedas fatal después», confiesa.

Pese a que Patricia es ex modelo, se define como feminista y la palabra «mentira» aparece en el subtítulo del ensayo, ella quiere dejar claro que *¡Divinas!* no es un manifiesto anti-moda. «No soy anticapitalista, eso es muy del siglo XX», bromea. «Simplemente creo que necesitamos un cambio de paradigma y que es importante dotarnos de las herramientas necesarias para comprender mejor el mundo que nos rodea, cómo se construyen las imágenes que consumimos, el men-



saje que se nos transmite. El diablo está en los detalles, el libro pretende ser crítico en el sentido más anglosajón del término. Mi intención no es condenar el mundo de la moda o el cuidado del cuerpo. Eso sí: no quiero que se explote a nadie», afirma tajante. Algo que quizá suene muy obvio, pero no lo es. Sólo hace falta leer los testimonios recogidos en *The Model Alliance*, una iniciativa de la top Sara Ziff que recopila episodios predatoriales. Hasta Kate Moss ha confesado haber sufrido fuertes presiones en sus primeras sesiones, a los 16 años, cuando la retrató Corinne Day, la fotógrafa que la descubrió.

Pero, ¿cómo se construye la imagen de una modelo? Para desentrañar los mecanismos de la industria del deseo, Soley-Beltrán empieza por el principio. Se remonta a las primeras modelos de la historia, las que desfilaron en Londres y París para modistas como Paquin, Doucet y Poiret, y traza una especie de recorrido histórico que analiza los diferentes tipos de maniqués que han dominado épocas, mercados y aspiraciones sociales: de las *Dianas* norteamericanas, esculturales, de estilo deportivo y juvenil que usaba Patou, a las *Venus* francesas, con curvas más generosas, por las que se inclinaba Balenciaga y la mayoría de diseñadores europeos. De la alocada, dinámica y delgadísima *flapper* popularizada por Scott Fitzgerald en los años 20 del pasado siglo a su némesis, la *Gibson girl*: mucho más femenina y frágil. Distintos prototipos de feminidad que entroncan con los actuales. Está el tipo Cenicienta, la modelo surgida de la nada y convertida en rica madre ejemplar (como Natalia Vodianova, top rusa de orígenes humildes que sale con el heredero del conglomerado de lujo LVMH) y un segundo relato, el de la *self-made woman*, la modelo-empresaria, a lo Cindy Crawford, que escasea más. Y

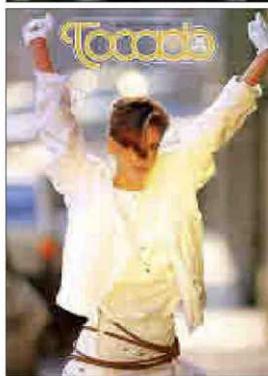
luego están las excepciones, como Naomi Campbell –cuando empezó a salir con Adam Clayton de U2 en los 90, cuenta en el libro, la demanda de prostitutas negras en Irlanda se disparó por las nubes– y la norma: las modelos rubias, de ojos azules, «invisibles» y con aspecto *wasp*, que siguen monopolizando

la influyente industria de la moda.

Una industria que, como dijo en una ocasión Nicholas Coleridge, director de Condé Nast en Reino Unido, «tiene una vena fascista». La gente de la moda «responde a dictadores», afirmó. Quizá haya llegado el momento de liberarse de ellos, ¿no?

De momento, Patricia ha logrado «armonizar a Rita y al intelectual», asegura sonriente, tras casi 30 años de investigación académica, política y personal, psicoanalista incluido. «No tengo por qué escoger y ellos se llevan estupidamente», asegura. A esta conclusión ha llegado después de analizar metódicamente lo que describe como «la distribución dicotómica simbólica en la que vivimos»

que separa sistemáticamente «mente y cuerpo, masculinidad y feminidad, cultura y naturaleza, actividad y pasividad» como categorías ridículamente excluyentes. En el fondo, de lo que habla *iDivinas!* es de sexo. «De sexo y deseo», matiza Patricia. «Lo que me molesta de la sexualización de las modelos no es la sexualización en sí, sino que se haga como fetiche para otros», añade. Aquí es cuando Nancy Huston, la autora de *Reflejos en el ojo de un hombre*, reflexionaría sobre la «mirada-deseo» del hombre, esa mirada que se remonta a «la noche de los tiempos», condicionada por lo biológico, reprimida en los discursos intelectuales contemporáneos. Pero esa es otra historia. O no.



UN PASADO

Arriba, Patricia caracterizada como Tintin en 'Hogar y Moda', retratada por Toni Bernad. A la izquierda y sobre estas líneas, fotografiada por José Manuel Ferrater y a la derecha, en blanco y negro y de leopard, vista por Emerico Mancuso.